

# El portazo

Al teclado Javier



Image not found.

## Capítulo 1

Alguien acaba de marcharse. El portazo ha roto la quietud. Pero no había nadie, estoy solo en la casa. Siento la tentación de mirar por la ventana y comprobar si alguien ha salido a la calle, algún intruso, algún ladrón, algún fantasma, el ser que imaginaria o fehacientemente causó el portazo. Recuerdo el incidente del intento de robo. Ha sido hace unas cuatro horas, al salir del bar cuando me dirigía a la casa, un tipo fornido se ha dirigido a mí:

- ehh, ¿conose a la vesina?

- ¿cómo?

- ¿conose la vesina?

- no sé, tengo prisa.

Ante la excesiva proximidad, el acento extraño, la turbia intención en los ojos, he optado por retroceder y con un movimiento de mano señalarle mi poca disponibilidad. Entre tanto dos colaboradores suyos se aproximaban sospechosamente por mi espalda. Por el rabillo del ojo he visto a uno de ellos en un movimiento amenazante. Así que he optado por zafarme saliendo por la tangente.

Pero claro eso no tiene nada que ver con el portazo que decía. A menos que todavía perdure el efecto del miedo. En realidad lo estoy razonando mientras escribo, pero no, no ha sido eso. El portazo ha sido muy real. Creo que mis reservas de escepticismo se han consumido por hoy, ya no puedo acoger más sorpresas con la debida reacción de asombro. Me parece raro escuchar el silencio ininterrumpido adentrarse por el pasillo oscuro. En cierto modo espero que algún animal salvaje sea devuelto del fondo de mis fantasías a la jaula del salón. Percibo mi espalda húmeda en la camisa abandonada en la silla. El portatil sobre la mesa disimula el polvo en una porción de oscuridad que se adentra desde la tarde. El silencio devora una canción ineficaz que apenas lucha por mantener la atención. Sigo escuchando repetido en algún lugar de este espacio el sonido de la madera cerrándose contra el marco, el gozne golpeando, ahora ampliado por un murmullo de escaleras subiendo hasta el pie de la puerta. Podría dibujar ese sonido: hacer la raíz cuadrada, decir de que color eran sus ojos, podría explicar su experiencia en mis oídos, como demoraba en el yunque y aceleraba en el estribo, como cooperaba el nervio y la sangre. Incluso podría moldear con arcilla el ruido del portazo. No siento miedo, soy el miedo. Y de tanto serlo ya me parece impostado. Debo ser uno de esos recipientes en los que una vez rebasado el límite del miedo ya el suelo queda inundado. Mi cuerpo especula en el abismo entre ser su fondo o su caída. Algo de vértigo entre las aspas del ventilador,

algo de luz contrariada por la noche que ha llegado y mucho de soledad entre las cortinas que se mueven de puro mirarlas. Igual se mueve el sonido de tanto escuchar su eco, llega hasta la raíz de mi memoria, regresa a la pregunta; ¿quién andaba allí? ¿los atracadores? ¿el tigre de mis pesadillas? ¿la puerta odiosa mintiéndose? ¿el miedo y todas sus conjeturas?

No tengo respuesta. Solo puedo esperar que la noche confíe en mí, guarde el secreto y mañana todo sea mansa costumbre.